

Los de sencillas almas han creído,
Ahora toca á los reyes y á los sabios.

Siguiendo de una estrella
La marcha caprichosa
Al través de la atmósfera azulada;
De Seleucia la bella
Capital de los partos afamada,
Partió una caravana numerosa:
Tres magos, sapientísimos varones,
De su nación orgullo y altiveza,
De numerosos siervos escoltados,
Cabalgando en camellos abrumados
Só la alta pesadumbre
De muchos, ricos y preciosos dones
Destinados á aquel que en la pobreza
Quiso nacer del mundo; se encaminan
Del astro amigo á la esplendente lumbre
Á la feliz Belen: á diestra mano
Dejan detrás de sí, como declinan
Del Eufrates undoso al seco llano
De destrozados mármoles cubierto,
El campo solitario
Dó en otro tiempo fué Babilonia.

El viento del desierto
Rompe solo el silencio funerario
De aquella inmensa tumba,
Y su alentar que en ecos mil retumba
Con lúgubre ruido
En el campo de muerte despoblado,
Semeja á un hondo, fúnebre gemido,
¡ De Dios mismo lanzado
Sobre los restos del poder pasado!

Delante de los régios caminantes,
Tal como la columna luminosa
Que á la playa arenosa
Del Rojo mar guiara en otros días
Las fugitivas turbas palpitantes
Del pueblo de Israel; en las sombras
Noches, y cuando el sol en su carrera
De luz inunda la terrestre esfera;
La estrella conductora,
De la dicha del mundo anunciadora,
Como mortal viajero, caminando,
Ya recta, ya oblicuando
En el campo del cielo esplendoroso,
Vá en curso caprichoso
Su camino á los magos señalando.

Y cuando del reposo
El hora del viajero apetecida
Llega, la clara estrella, suspendida
Sobre las tiendas candidas, parece
Que en su lecho de nubes se adormece;
Y la aurora venida,
Dá otra vez la señal de la partida.

Así pasando van por la llanura
Tan rica de verdura
De la opulenta Asiria y sus ciudades;
La populosa Arbela,
La altiva Cangamela,
Dó del gran Macedon al fuerte brio
Quedó deshecho el infeliz Darío;
Y aquel funesto ejemplo á las edades,
El campo dó fué Niive altanera,
Que en inflamada hoguera
Del cielo en rojos mares desprendida,
Castigo de sus torpes liviandades,
Toda quedó en pavesas reducida,
Del alto templo á la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura
De la estrella la marcha infatigable,
Pisaron la comarca bendecida
De la Mesopotamia: deleitable
Region, entre los cauces comprendida
Del Eufrates y el Tigris caudalosos;
Y luego en los senderos arenosos,
A la lumbre del astro que camina,
Entraron de la seca Palestina.

Por fin á la mitad de un claro día
Cuando el sol mas fulgente relucía,
Las elevadas torres divisaron
De una grande ciudad, cuyas agudas
Veletas, en los aires descollaban
Sobre las cimas áridas, desnudas,
De las montañas mil que la cercaban.
Y los pechos henchidos de alegría,
« ¡ Jerusalem! ¡ Jerusalem! » gritaron,
Y á la Sion terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente
Fatigados, llegaron con premura
A apagarla en la linfa trasparente
De una cisterna oculta en la verdadera
Que á la orilla del árido camino
Les deparó el destino.
Desalterados ya, la amiga estrella
Volviéronse á mirar; mas los cutados
Ni el astro luminoso, ni su huella
Pudieron descubrir; desorientados
Á la santa Salen se dirigieron:
« Esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,
Cuna feliz del jóven rey Mesías
Que anuncian las antiguas profecías:
¿ A qué dudar? — Por la primera puerta
Que entremos en Salen, las colgaduras
Precias, las esencias olorosas,
Los ramos de palmera entretrejidos,
Los alegres sonidos
De las arpás hebreas; las ruidosas
Danzas, y los triunfales alaridos,

Bastante nos dirán, sin duda alguna,
Dónde del niño rey yace la cuna. »

Mas al entrar por la ferrada puerta,
De la ciudad famosa,
Melancólica, mustia y silenciosa,
Cual si de hombres hallárase desierta,
La vieron con espanto. Una espaciosa
Calle tomaron, en la cual se vian
De distancia en distancia algunos hombres
Que el extranjero séquito miraban
Y entre sí recatados departian
Ó en torno de los sabios se apiñaban.

Entre tanto los magos preguntaban
Por el rey inmortal recién nacido;
Pero los salemitas se admiraban:
« ¿ En dónde habeis oído
Esa nueva feliz? » les respondian,
Y con aire de duda sonreian.
« El que reina en Judá no es el Ungido
Del Señor, ni del pueblo el escogido:
Es un vil extranjero,
Quien del trono á los bárbaros comprado
No tiene por fortuna un heredero. »

Los sabios con semblantes consternados
Siguieron por la calle populosa
Dó en mas felices dias descollaba
Con ¡ tanta majestuosa
De David el palacio celebrado.
De la fábrica antigua esplendorosa
En el recinto ahora destrozado,
Levantaron sus tiendas los viajeros
Entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso officiosos servidores
Del rey, fueron ligeros
Á contarle de aquellos extranjeros
La venida y sus causas. — Mil temores
Asaltaron entónces al tirano.
« ¿ Acaso un sueño vano
Podrá ser de los sabios soñadores?
¿ Ó el verdadero *Schilo* en otros dias
Por el mismo Jacob vaticinado? »
Entónces de la ley á los doctores
Convocó á su palacio sin tardanza.
« ¿ En dónde ha de nacer el rey Mesías? »
Les preguntó entre el miedo y la esperanza:
Mas ellos no dudaron,
Y, « en Belen de Judá, » le contestaron.

Herodes, al oírlos, en el pecho
Su temor encerrando y su despecho,
Á los sabios de Iran lamó en seguida;
Y como la serpiente, que escondida
Entre las flores del ameno prado,
Y acaso deja ver el tachonado

Cuerpo, mas nunca el arma bipartida
Que causa al hombre la mortal herida;
Con benévola faz, disimulando
Su malvada intencion, va preguntando
Cuanto ansia saber, y satisfecha
Ya su sangrienta saña: « Id en buen hora, »
Les dijo á los que libres de sospecha
Le escuchan: « á ese niño á quien ya adora
Mi pecho, buscareis con gran cuidado;
Y así que su mansion hayais hallado,
Me avisareis, á fin que el homenaje
Le lleve de mi humilde vasallaje. »

Y los magos partieron,
Y presurosos de Sion salieron
Por la segura puerta
De Damasco llamada. — En el altura
Vieron resplandecer con lumbre pura,
La estrella de sus pasos conductora.

La marcha ántes incierta
Siguieron por el áspera llanura
De regocijo llenos;
Mas cuando mas ajenos
De alguna variacion, van caminando
Del rey profeta á la ciudad; cambiando
De direccion la estrella en su camino,
Sobre un establo rústico vecino
Entre las blancas nubes descendiendo,
De pronto se detuvo. El portentoso
Prodigio los viajeros comprendiendo
Con ademan humilde y respetuoso
De sus cabalgaduras desmontaron
Y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido
Con riquísimas cintas, desataron,
Y el polvo del umbral enaltecido
Á las añosas frentes elevaron.
Y al ver al celestial recién nacido,
Postrados contra el suelo, le adoraron;
Primero en gracia si en amor segundo,
Tributo que al Mesías diera el mundo.

Y los cofres abriendo esplendorosos
De preciadas maderas construidos,
Sacaron los perfumes olorosos
En los campos del Yemen recogidos
Y oro puro; presentes misteriosos,
Tesoros y perfumes ofrecidos;
El oro al rey, la mirra al sér humano
Y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fué la postrimer escena
De mundano esplendor que vió Maria,
Cuya primera edad pasó serena
Del templo entre la mística armonía:

La otra de pasmos y prodigios llena,
Un porvenir le anuncia de agonía,
De tales penas y de angustias tales
Que ni decirlas pueden los mortales.

Entre tanto los magos á su tierra
Queriéndose volver, se encaminaron
Hacia Sion por la elevada sierra;
Mas apenas sus torres divisaron
El paso un ángel del Señor les cierra,
Y advertidos por él, atrás tornaron,
Para evitar de Herodes implacable
El enojo para ellos formidable.

Del Muerto mar los hábitos huyeron
Segun la indicacion del sér divino,
Y á otro confin sus pasos dirigieron
De mas seguro y plácido camino:
Y en su rápida fuga prosiguieron
A la lumbre del sol y al vespertino
Resplandor, que, curando su fortuna,
Blanda les vibra la argentada luna.

LIBRO OCTAVO.

LA PURIFICACION.

I.

Subiendo va con trabajo
Por una elevada sierra,
Reducida caravana
De dos personas compuesta:
Mas no son dos; que si osado
Las orlas el aire eleva
Del cumplido manto oscuro
Que reviste á la una de ellas;
Tal como acaso la luna
En noche clara y serena
Entre blancas nubecillas
Asoma la faz risueña:
Así entre cándidas tocas
Que á los rayos reverberan
Del sol, de un hermoso niño
Se ve la rubia cabeza.
Muger es la que en sus brazos
El hermoso niño lleva,
Muger y madre sin duda;
Que solo así la terniza
Tener pudiera y cuidado
Con que á su seno le estrecha.

Muger es, y de la vida
Parece llegar apenas
Al florido umbral, dichoso,
De la humana adolescencia.
Muger es, y tan hermosa
Es la faz que Dios le diera
Que mas que muger humana
Parece divina esencia:
Y nunca, ni cuando Fidas
Halló en la famosa Grecia
Vivientes originales
Á sus estatuas eternas;
Ni cuando allá al primer hombre
En las dichosas riberas
Del perdido Eden, llegara
Nuestra madre comun, Eva;
Jamás á mortales ojos
Ofreció naturaleza
Ni un levisimo trasunto,
Ni la mas remota imitacion,
De tan celeste hermosura
En sus obras mas perfectas.

Varon es el que delante
Va por la escabrosa senda,
Y ya toca de la vida
Á la estacion postrimera.
Vejez lozana es la suya,
Pues aunque vivos platean
Del sol á los puros rayos
La barba y la cabellera;
En su marcha y apostura
Se ve que intactos conserva
El vigor y la energia
Que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos,
De elevada estirpe régia,
Son los que á pié caminando
Van á Sion la altanera.
Allá van, de sus mayores
Para prestar obediencia
Á las leyes que ordenaban
A las mugeres hebreas
Purificarse en el templo
Después de dias cuarenta
Del parto, y dar en rescate
Una cantidad pequeña,
Por la cual libre quedaba
Su generacion primera.
Que, si bien libre de mancha,
La esposa de Dios escelsa
Quiso á la ley sujetarse
De Moisés el gran profeta,
Confundiendo entre la turba
De las hembras de su tierra
La sempiterna corona
Con que Dios la enalteciera.

II.

Apénas los dos esposos
Entraron de gozo henchidos
Del Salomónico templo
En el sagrado recinto,
Contra su seno estrechando
La madre al eterno niño,
Y José las dos palomas
Llevando del sacrificio,
Y los siglos del rescate
Por la sacra ley pedidos:
Simeon, un santo anciano,
Del espíritu impelido
De Dios, entró presuroso
Del templo en el peristilo.
Y al mirar el régio aspecto
De los santos peregrinos,
Entre los toscos pañales
Del pueblo, al divino Cristo
Reconoció; y del regazo
Materno tomando al niño,
De lágrimas amorosas
Los ojos humedecidos,
Esclamó con voz cortada
Por sus ardientes suspiros:

«¡ Ahora, Señor Dios, venga la muerte,
El anciano la aguarda sin temor,
Porque sus ojos vieron al que es fuerte,
Al Cristo Salvador!

¡ Al que verá la humana muchedumbre
Sentado só el espléndido dosel,
Á ser del universo eterna lumbre
Y gloria de Israel!

¡ El que será á millares de millares
Salud y libertad y salvacion;
Y á los que no veneren sus altares
Eterna perdicion!

¡ Objeto santo de perenne culto
Será para los puros corazones;
Mas de saña feroz y fiero insulto
Y afrentas y baldones,

Al perverso será, que del pecado
Se complace, entre el fétido albañal!
Y de dolor intenso traspasado,
El seno maternal será rasgado
Como de un agudísimo puñal.»

Y despues de un breve espacio
De silencio entristecido,
A los dos santos esposos
Con grave ademan bendijo;

Y haciéndoles un saludo
Se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante
Entró en el sacro recinto
Una profética viuda
Que en ayunos y silicios
En el templo dia y noche
Servia al sér infinito.

Y al ver de Miriam en brazos
El sumo reciennacido,
Con llanto de amor gozoso
Y en apasionados gritos,
Cantó alabanzas y glorias
De Jehová y de su hijo.

Y así por altos fines,
Belen con sus pastores;
De bárbaros confines
Los magos y doctores;
Los jóvenes y ancianos,
Los fieles y paganos
Cantan con alto júbilo
Las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora
Del despertar del mundo,
Donde el Eterno mora
Oyese un ¡ ay! profundo
De sin igual contento,
¡ Suavísimo concerto,
Que entonan los arcángeles
Al hijo Salvador!...

III.

Del patio postrimer vedado estaba
Trasparar á las hembras los umbrales,
Y triste allí por tanto se detuvo
Del gran rescatador la tierna madre.
El patriarca, de gozo estremeado,
En sus brazos tomando al rubio infante,
Á la sala se entró donde ofrecian
El nacido primero á Dios los padres.
Mas dentro del santuario preferido
Faltaron profecías y señales
Y ojos ningunos vieron el aurora
De aquel sol de justicia fecundante;
Que sumidos del vicio en la ceguera
Los ministros del templo principales,
Dejaban privaciones y virtudes
Á los simples levitas; y arrogantes
De las humanas y divinas leyes
Reian, y en feroz libertinaje
No como sacerdotes del Eterno
Vivian, mas cual pérdidas magnates,
Príncipes opresores de los pueblos,
Pontífices del oro y las maldades.

Un sacrificador desconocido
Recibió de las manos paternas
De José lo prescrito por las leyes,
Los argentados siglos y las aves,
Sin dirigir ni una mirada sola
Al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas
Pasó ignorado el vencedor instante
En que un mas digno y generoso culto
Venía á reemplazar de las edades
Anteriores del mundo las creencias,
Con doctrinas mas puras y durables:
Instante en que al antiguo testamento
Que en la cumbre del Sináí á la errante
Multitud de Israel dió el Infinito,
Sucedió una ley mas saludable;
La buena nueva al mundo, el evangelio,
Que el mismo Dios traía á los mortales:
Divina ley, como su autor perfecta,
Pura como Él, eterna é inmutable;

Y ni en los de Sion espesos muros,
Ni en sus soberbias, populosas calles,
Ni en las altivas torres de su templo
Adornadas de almenas y baluartes;
Ninguna voz se alzó que en són de triunfo
Ruidosa al niño rey diera homenaje.
Y al través de la ciega muchedumbre,
Muda en su orgullo, en su ignorancia grave,
Enumeraba ya el divino Cristo
Aquellos furibundos criminales
Que iban en breve en gritos sediciosos
A clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido
De la ley el precepto, inevitable,
A Nazaret sus pasos dirigieron
Volver á ver ansiando sus hogares.

LIBRO NOVENO.

LA HUIDA Á EGIPTO.

I.

Feliz el hombre cuya vida pasa
Dulce y serena en el solar nativo;
Feliz aquel mortal que no traspasa
El límite extranjero siempre esquivo:
¡Feliz aquel que en la paterna casa

Al frío invierno y al calor estivo,
Respira el aura que meció su cuna
Hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte
Los fieros y rudísimos rigores,
Cuando á su embate opone un alma fuerte
Que defienden los célicos amores
De patria y de familia: ¡y ni la muerte
Con su tren de fatídicos terrores,
El corazón espanta enflaquecido
Del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la horfandad, ¡con qué ternura
Le socorren sus deudos y allegados!
Si del dolor le cerca la amargura,
¡Cuán tiernos y solícitos cuidados!
Y en la mayor miseria y desventura,
¿Qué dolores no fueran consolados
En pecho de hombre ó corazón de niño
Con el consejo sabio y el cariño?

Y si llega, por fin, inexorable
El hora del morir, ¡con qué consuelo
Al espirar el plazo inevitable
Se despide el mortal del pátrio suelo!
Deja la humana vida deleznable
Por la vida inmortal, hija del cielo,
Y llanto amigo de dolor retumba
En los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego
Le alcanzará el perdón de sus errores;
Y allí á despecho del solsticio fuego,
Y del torvo aquilon devastadores
Del monte y la llanura, al dulce riego
Del llanto del amor, ¡cándidas flores
Brotarán y aromos yerbecillas
Dó á posarse vendrán las avecillas!

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado
Es el duro, tristísimo destino!
De su dolor tan solo acompañado
Por el ignoto y áspero camino,
En el felice tiempo ya pasado,
Irá pensando el pobre peregrino,
¡Sin mirar ni en remota lontananza
El astro animador de la esperanza!

¿Qué importa que en el monte y la llanura
Brille del padre sol el puro rayo,
Ni que del prado ameno la verdura
La gala ostente del florido mayo?
Y el murmurar del agua en la espesura,
Y de las aves el concierto gayo,
Y el rugir de la mar embravecida,
¿Qué son al infeliz que vá sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada
Al dulce clima que nacer la viera,
Es á remota orilla trasportada
Por la mano del hombre dura y fiera,
Y allí, lánguida, triste y deshojada,
Apénas sombra de lo que ántes era,
Hacia aquel suelo extraño la mezquina.
La mustia copa sin valor inclina:

Así el ausente del nativo suelo,
Léjos de todo lo que el alma adora,
Del destino cruel algún consuelo
Á su agudo pesar en vano implora:
Muéstrase sordo á su plegaria el cielo,
En vano el triste entre suspiros llora,
Y á soledad eterna condenado
Llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor á los gemidos,
Acude tarde á terminar los males
En que pasan la vida sumergidos
El número mayor de los mortales:
Á los que de ella están desprevenidos
De enmedio á los placeres terrenales
Impía los arranca, y desatiende
Al que ámbos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida
Y al llanto vive eterno aquí en el suelo,
Que de sus negros días la medida
Prolonga sin cesar airado el cielo:
Llama y vuelve á llamar la apetecida
Muerte, ya solo blanco de su anhelo;
Mas ella encarnizada no le escucha,
¡Y le abandona á su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable
La esposa y el esposo condenados,
Una vida de angustia inesplicable
En países remotos é ignorados,
De Dios por el querer inescrutable,
Arrastrarán los santos desterrados,
Hasta cumplirse los fijados días
Del temporal destierro del Mesías.

II.

Vueltos José y Miriam del largo viaje
Apénas, á la baja Galilea;
Cuando aun las sandalias del camino
Conservaban acaso las arenas,
Y sus sensibles pechos, no saciados
De mirarse de nuevo en la paterna
Ciudad, apénas crédito á los ojos
Se atrevían á dar; por la suprema
Voluntad del que rige de los hombres
Las fortunas, ya prósperas, ya adversas,

A ruta mas penosa y dilatada
Hubieron de aprestar la planta incierta.

José en los brazos del callado sueño
Reparador de sus caídas fuerzas
Descansaba en el pobre lecho, humilde,
Una noche pacífica y serena;
Cuando súbito un alto paraninfo,
Enviado de la suma omnipotencia,
Cabe al lecho de pié, con argentina
Sumisa voz, mas que en el ruego impera:
« Levántate, le dijo, al niño toma,
Y á su madre con él; hácia la tierra
De Egipto, presuroso te encamina
Y hasta volverme á ver deten la vuelta;
Que el fiero Herodes del infante en busca
Rugiendo vá con intención siniestra.»

De espanto lleno con palabras tales,
El patriarca santísimo despierta,
Y á llamar corre á la infeliz MARÍA,
Que del nuevo infortunio el alma ajena,
El sueño de los ángeles tranquilo
Duerme, no léjos de la cuna escelsa
Del niño Dios. — La cariñosa Madre
Miradas de dolor y angustia llena
Dirige al hijo caro, y presurosa
Recoge algunas túnicas modestas,
Escasas provisiones, y pañales
Del niño, al cual en su regazo estrecha;
Y precedida del amante esposo,
Vertiendo amargas lágrimas, se al-ja
De la ciudad natal, adormecida
Á la trémula luz de las estrellas.

Partieron... allá van, y en su camino
Por la difícil tortuosa senda,
Turba el dudar sus vacilantes pasos,
Hela el temor la sangre de sus venas. —
¿Cómo escapar de Herodes iracundo
Á las incuas tramas encubiertas?
¿Qué valla á detener será bastante
Al príncipe feroz en su carrera?
El, que en las manos con la sangre rojas
De las víctimas mil de su fiereza,
El oro derramando, los furiosos
De sus viles sicarios recompensa;
¿Dónde se detendrá de su venganza
En la cruel, mortífera carrera,
Ora que al par defiende de su vida
La púrpura real y la diadema,
Cuando simples sospechas castigando,
Á tan graves delitos se despeña?

Aun era la estación de invierno frío,
Y el cierzo que silbaba en las malezas
Cubría de Miriam el rostro puro
Con dolorosas y moradas vetas;

Mas ella, de sí propia olvidada,
Cuidados, atenciones y ternezas,
Cuanto pueden hacer marchando juntos
Del cuerpo y del espíritu las fuerzas,
En torno al hijo de su amor consagra:
El, monarca del cielo y de la tierra,
Á cuyo soplo animador, fecundo,
La creacion del caos salió entera;
Á cuya voluntad cejan los mares,
Y se afirman los polos que sustentan
Los infinitos mundos del espacio
Para siempre jamás; á cuya inmensa
Divina voz, con dos palabras solas
Brotó la luz de en medio á las tinieblas:
Hora á las duras leyes sometido
De la humana, mortal naturaleza,
En el regazo de la tierna madre
El Cristo salvador de frio tiembla;
¡Y del susto, y el hambre y la fatiga
Con fléviles vagidos se lamenta! —
Y la amorosa madre silenciosa,
Cual los despojos fúnebres que encierra
Un sepulcro; de miedo tiritando,
Mas que de frio, de la angosta senda
Por las sinuosidades solitarias
Sus tímidas miradas encadena;
Y al cimbrarse la caña estremecida
Al aura de la noche, ó de la espesa
Enramada al sonar en blando arrullo
De enamorada tórtola una queja;
Ó si el rumor se escucha en lo lejano
De las secas varillas que se quiebran
Al impulso del viento quebrantadas,
Ó al cauteloso paso de las hienas;
Asustada Miriam, á su regazo
Con amoroso espanto al niño estrecha,
Creyendo ver alzarse ante su vista,
Que conturba el temor, la gigantea
Figura de un feroz, crudo asesino,
Blandiendo airado la segur sangrienta.
En tanto que la luna en curso blando
Sigue al través de la azulada esfera,
Alumbrando con pura luz, sñave,
Los cielos y los mares y la tierra.

III.

Así días tras días caminando,
Huyendo de las sendas pasajeras
Y de los pueblos grandes; por las noches
Refugiándose acaso en las cavernas;
Amatot ya detrás, se dirigian
A los llanos de Siria, por veredas
Estrechadas y escabrosas. Una tarde
Ya casi oscurecido, de unas peñas
Cubiertas ya por las nocturnas sombras
Vieron salir en rápida caterva

Numerosos bandidos. — El patriarca,
Que iba delante, atrás á la indefensa
Esposa se volvió, entre cuyos brazos
Dormía el niño Dios. — Miriam inquieta
Se detuvo tambien; mientras el caudillo
De la salvaje turba, que contempla
El grupo inerme con asombro mudo,
Siente que aun hay piedad en su alma fiera:
Y bajando la punta de su lanza,
Con espresion de cariñosa oferta
Tendió á José la mano, un franco asilo
Ofreciéndole allá en su fortaleza,
Que de una roca en la postrera punta
Al nido de las águilas semeja.
José y Miriam gozosos, apreciando
Del bandido la rústica franqueza,
Le siguieron, y el techo maldecido
Fué aquella noche hospitalaria tienda.

Á la mitad del venidero día,
Á pasar los calores de la siesta,
Y á la vista de Ramla, hicieron alto,
En un bosque de nópales é higueras.
Allí sobre un florido entapizado
De narcisos, renúnculos y anémonas,
Al de una fuente arrullador murmullo
Se adormeció el Señor de cielo y tierra.
Y pasado el calor, de nuevo en marcha
Tomaron de Belen la nota senda,
Donde encontrar pensaba el santo esposo
Un camello, en las áridas arenas
Del desierto, animal indispensable.
Miriam y el tierno niño hasta su vuelta
Le esperaron, ocultos en las sombras
De una vecina y lóbrega caverna. —
Y unidos á mercante caravana,
Dejaron los confines de Judea
Por fin, burlando así del rey impío
La venganza terrífica y sangrienta.

IV.

En tanto no pudiendo de los magos
Averiguar Herodes el camino,
Con astucias y pérfidos halagos,
Velando de sus iras los amagos,
Va minando el país circunvecino.

Y á todos preguntando cariñoso
Va por el niño rey del trono hebreo
Que le trae tan inquieto y receloso:
Mas burlado creyéndose, furioso,
Ruge cual fiero tigre el idumeo.

• Y a los torpes satélites inmundos
Esclavos que le cercan en su trono
Así ordenó en acentos iracundos:

« Porque ese niño objeto de mi encono
No escape á mis enojos furibundos,

Volad hácia Belen la maldecida,
Y en ella ántes, y luego en cuanto abarca
El estenso confin de su comarca,
¡No escape á vuestra espada enfurecida
Ni un solo niño hebreo con la vida! »

Y los crudos malvados asesinos,
Del mandato de sangre ejecutores,
En Belen y sus pueblos convecinos,
Como devastadores torbellinos
Fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo perecieron
Al filo sin piedad de sus puñales
Los niños todos de Judá. — Y se oyeron
Gritos que el corazón estremecieron
En pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable
Lloró Ramá la flor de sus nacidos;
Y al oír los maternos alaridos,
Un ¡ ay! de horror, inmenso, inesplicable,
Repitieron los ecos conmovidos.

En tanto que Miriam y el santo esposo
Surcando van el piélago arenoso
Al soplo del *simun* abrasador;
Y ámbos de amor ardiendo generoso
Desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena
Aquel cielo de fuego que desploma
Sus mortíferos rayos en la arena,
Y como al sol la cándida azucena,
Se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor en la frescura
De su regazo oculta cariñosa;
Hasta encontrar en la letal llanura,
Bajo verde enramada deliciosa,
Escondida corriente de agua pura.

Á veces en el árido desierto,
En la agonía del soñar despierto,
Simula el sol con engañoso halago,
Á su sed agua, á su cansancio puerto,
Un azulado y trasparente lago.

Y cual la roca de Saron, levanta
Al frescor de la lluvia apetecido
La frente sobre el tallo enardecido;
Así alegre Miriam, la tarda planta
Del manso bruto aguija, enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura
Sus frentes y sus bocas abrasadas,
Ya tocan del oasis la verdura;
Mas ven solo al llegar, con amargura,
Estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,
Se detiene la rica caravana
Y en sus tiendas aguarda la mañana;
Mas solo el azulado firmamento
Cobija á la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados
Del diurno sol, al húmedo rocío
Nocturno, sienten doloroso frio:
José y Miriam entónces desvelados,
Defienden á Jesus del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba
Alto clamor de espanto y agonía,
Que el aura de la noche conturbaba.
Era que el feroz árabe atacaba
Las tiendas: — Blanca de terror, Manía,

Del cuerpo virginal viviente muro
En torno del infante bien amado
Hacia, hasta que el riesgo ya pasado,
El escuadron se pierde allá en lo oscuro,
Y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último tocaron los confines
Del país de los sabios Faraones;
Y vieron elevarse entre jardines,
Sus templos de acerados torreones,
Con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides perdidas
En el campo azulado de los cielos;
Del Nilo las riberas florecidas
Y sus ondas de blancos barquichuelos
Y hermosas naos sin cesar hendidias.

Pero aquella region afortunada,
Por su ciencia y valor tan afamada,
De monumentos y tesoros llena;
¡Es á José y Miriam la tierra ajena,
Y está muy léjos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso
Pasando, á Matarieh se dirigieron;
Y allí, tocado el fin del afanoso
Camino, aun otra vez en el reposo
Y en la paz de los ángeles vivieron

LIBRO DÉCIMO.

LA VUELTA A NAZARET.

I.

Hora tras hora pesada,
Día tras día afanoso,
Para Miriam y su esposo
El largo espacio corrió
De siete penosos años,
Pasados en la estrechez
De la mas dura pobreza
Que el mundo en su seno vió.

Muy luego fué consumido
De los magos el tesoro
Aquel puñado de oro
Que dieron al niño Dios:
Y el nieto de régia estirpe
Convertido en jornalero,
Trabajaba el día entero
Con incansable teson.

Mas á tan ruda fatiga,
El suelo inhospitalario
Daba tan corto salario,
Que volvió mas de una vez
Al techo dó resignada
Miriam, le aguarda serena,
Sin lo bantaste á la cena
Parca y frugal de los tres.

Y mas de una triste noche,
Y mas de un aciago día,
El Dios infante gemía
Por un pedazo de pan.
Y sus lágrimas la madre
Recatando al tierno niño,
Acaso en voz de cariño
Calma su pueril afan.

Mas el venturoso día
Se acercaba por momentos
De dar fin á los tormentos
Sufridos con tal valor.
Y una noche que tranquilo
José en los brazos del sueño
Dormía, ante sí risueño
Miró al ángel del Señor.

« Alzate luego, le dijo ;
Toma al niño y á su madre,
Y á la pátria de tu padre
Marcha con seguro pié :

Que los que al niño buscaban
En su saña maldecida
Para quitarle la vida,
Han muerto ya en Israel. »

Y José al niño tomando
Y á Miriam, siguió el camino :
Mas á Sion ya vecino,
Los cautos pasos torció. —
Que Arquelao, hijo de Herodes,
Reina tirano en Judea,
Y José de Galilea
La nota senda tomó.

¡ Cuánto el destierro es amargo !
¡ Cuán dulce del pátrio suelo
Volver á mirar el cielo
Que nos cobijó al nacer !
¡ Y respirar cuánto es dulce
Sus auras embalsamadas,
Y de sus fuentes amadas
Mirar las aguas correr !

¡ Y en el sacro hogar paterno
Recordar de nuestra infancia
La feliz, pura ignorancia
Que tan fugace pasó ! —
¡ Y las amantes caricias
Que nos hizo nuestra madre,
Y los consejos que un padre
En su experiencia nos dió ! —

¡ Y los amigos primeros
Que en nuestra infancia tuvimos !
¡ Y la escuela en que aprendimos
Nuestra primera lección !...
¡ Santas, queridas memorias
Que á pesar de la impía suerte
Vivas guarda hasta la muerte
El humano corazón ! ..

Después de tan larga ausencia
Miriam y el esposo amado
En su hogar abandonado
Van al fin á descansar ;
Mas roto por varias partes
Miran el humilde techo,
Y el pobre muro deshecho
Deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,
Y morenas parietarias,
En las celdas solitarias
Crecen frondosas al sol ;
Y el humilde patiecillo
Cubren zarzas espinosas,
Y en sus paredes ruinosas
Busca asilo el caracol.

Al soplo tremebundo
Del recio vendabal ?

Viuda, al caro esposo,
Lamenta desdichada ;
Amante, al cariñoso
Objeto de su amor :
Y en ayes reprimidos
La madre desolada,
¡ Buscando entre gemidos
Vá al hijo que perdió !

Miriam, la Virgen pura,
La madre enaltecida,
La que en la eterna altura
Casi es á Dios igual ;
De la divina alianza
La prenda bendecida,
La paz y la esperanza
Del mísero mortal :

Llorosa entónces, mustia
El alma entristecida,
En tan terrible angustia
Olvida su virtud...
¿ Qué mucho, si se ausenta
El sol que le dá vida,
Qué mucho, si lamenta
Perdido á su Jesús ?...

Volviendo á su morada
Desde Salen divina,
De gentes circundada
Que van á Nazaret ;
Al ver tras blanco velo
La estrella vespertina,
Luciendo ya en el cielo,
Cercano á anochecer.

La marcha fatigosa
En rústica posada
Detuvo cuidadosa ;
Que el hijo de su amor
Con otros jovencuelos
Sus deudos, la jornada
Siguió ; y con mil recelos
Le tiembla el corazón.

José vendrá sin duda
Con ellos ; del camino
La marcha larga y ruda
Tal vez los fatigó ;
Mas ya en el patio ondea
Su manto blanquecino,
Y aun á la luz febea
Jesús no apareció.

Y en la celda abandonada
Dó en Miriam inmaculada
Se encarnó el divino Verbo
Para salud del mortal ;
Como del bosque en las lomas,
Se anidan unas palomas,
Dichosas allí al abrigo
De la lluvia equinocial.

Hechos por fin de la choza
Los reparos mas urgentes,
Volvieron los inocentes
Días de grato solaz.
Y el ilustre carpintero
De Jesús mismo ayudado,
De nuevo en su hogar amado
Vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta
Pasaron lunas sesenta,
Sin separarse un instante
Ni en la visita anual,
Que fieles observadores
De la ley de sus mayores,
Á Jerusalem hacían
En la época pascual.

EL NIÑO PERDIDO.

II.

Al aire destrenzada
La blonda cabellera,
La túnica rasgada,
Y en llanto de dolor
Bañado el rostro puro,
Que al sol envidia fuera,
Por tu recinto oscuro
Va una muger, Sion.

¿ Qué crudo, amargo duelo
Lamenta la cuitada ?
¿ Qué horrible desconsuelo
Su pecho laceró ?
¿ Esposa, vése viuda ?
¿ Ó es virgen desposada
Que con fiereza cruda
Su amante abandonó ?

¿ Ó es huérfana que llora
Con ayes de agonía,
La sombra protectora
Del techo paternal ;
En medio al mar del mundo
Mirándose sin guía

Y luego van llegando
Los otros uno á uno,
Á todos preguntando
Miriam en su inquietud ;
Mas nadie le responde,
Que no le vió ninguno...
— « ¿ Por qué de mí se esconde
Mi gozo, mi salud ? »

Ya las nocturnas nieblas
Invaden la llanura ;
Se palpan las tinieblas
Del bosque en derredor :
Y el campo ilimitado,
Y la caverna oscura,
Y el aire conturbado,
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
Ni monte ni ladera,
Ni precipicio mudo
Quedó en aquel confin ;
Que en eco lamentable
El ¡ ay! no repitiera,
Que lanza inconsolable
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,
Apénas respirando
José con su MARÍA
De nuevo entró en Sion ;
Y van de puerta en puerta
Del niño preguntando,
La débil planta, incierta,
Con miedo el corazón.

Y en vano su recinto
Recorren, y es en vano
Que en medio al laberinto
Pregunten con afán :
Y redoblando el lloro,
Al templo soberano
En pos de su tesoro
Con esperanza van.

Con sencillez vestido
Como un vulgar esenio,
El rostro algo teñido
Del sol primaveral ;
Y de sus garzos ojos
De mas que humano genio
Brotando en rayos rojos
Un límpido raudal :

Castañas los cabellos
Que en ondas bipartidos
De rizos cubren, bellos
La espalda mas gentil ;

De ancianos y doctores
Que escuchan conmovidos
Los tonos vibradores
De aquella voz pueril :

Cercado, del gran templo
Só el pórtico sagrado
Dó van á dar ejemplo
Los sabios de Israel ;
Discurre un tierno niño,
Y el pueblo arrebatado
Esclama en su cariño :
« ¿ Es ángel, ó un Daniel ? »

« ¡ Jesús! ¡ el hijo mio ! »
Clamó una voz suave,
Rompiendo del gentío
Por el revuelto mar :
Voz límpida, argentina,
Y al propio tiempo grave,
En que el placer domina
Y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,
En cercos de ora y grana,
Muestra su rubia frente
La aurora matinal ;
Sobre la mar dormida
Trayendo la mañana,
De luz llenando y vida
Sus ondas de cristal :

Tal, jóven cuanto hermosa.
En lágrimas bañada,
Se acerca presurosa
Al niño una muger ;
Y en voz de gran ternura :
« ¿ Por qué así abandonada,
Tan hórrida amargura
Me hiciste padecer ? »

Y el niño en desabrida
Respuesta misteriosa :
« ¿ Por qué tan afligida,
Por qué me buscais vos ?
¿ No veis que cumplo, Madre,
Mi obligacion forzosa,
No veis que de mi padre
Me ocupo y de mi Dios ? »

A réplica tan dura,
José y Miriam callaron,
Que la sentencia oscura
No pueden comprender :
Mas luego juntamente
Los tres encaminaron
El paso alegremente
De vuelta á Nazaret.

Y allí pasaron días
De gozos celestiales
De inmensas alegrías
Y paz del corazón ;
Y mientras el niño crece
En días terrenales,
Ante su Dios acrece
En gracia y perfeccion.

MUERTE DE JOSÉ.

III.

Como en medio á la calma mas profunda
Suenan acaso del trueno el estampido,
En pos de algun relámpago temido
Que de rojo fulgor la tierra inunda :
Así en la santa paz que le circunda,
José por la vejez enflaquecido,
Llegar miró el instante apetecido
Del justo. — Con mirada moribunda
Ve á Jesús y á Miriam que en triste lloro
Cercan su lecho, y al momento espira.
Jamás terrestre rey, igual decoro
En torno tuvo á su funérea pira :
Lloró Miriam, y del sencillo duelo
Al frente, ¡ triste marcha el Rey del cielo !

LIBRO UNDÉCIMO.

PREDICACION DEL EVANGELIO.

I.

Sonó por fin la afortunada hora
En el reló del tiempo no cansado
Jamás. — ¡ Lució por fin la limpia aurora,
El momento anhelado,
Que habia en sus designios señalado
El Hacedor profundo
De eterna vida y libertad al mundo !

El hora en que el mentido paganismo
Con sus groseros símbolos y altares
Se hundiera para siempre en el abismo ;
Y que en tierras y mares
Fundara indestructibles sus sillares,
Del mismo Dios en nombre,
Aquella religion, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
Vacilan los imperios conmovidos ;
Los prepotentes cetros respetados,
Los tronos carcomidos,
Caen en menudo polvo convertidos ;
Y ya el antiguo culto
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
Abandonan sus antros sepulcrales,
Y no manchan sus bóvedas tranquilas
Conjurios infernales.
Sacerdotes, augures y vestales
No dan torcido ejemplo
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitacion oculta y misteriosa
Hierva en el corazón de los humanos ;
Volcan que só la mole ponderosa
De montes soberanos,
De la tierra en los cóncavos arcanos
Á su pesar sumido,
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómense á la vez cultos y leyes,
Ruedan confusos pueblos y naciones,
Sacerdotes y símbolos y reyes :
— ¡ Qué inspirados varones,
Qué fuertes é impertérritas legiones,
Vendrán del mundo muerto
A repoblar el árido desierto ?

De aquel peñasco, apénas conocido,
De Nazaret, brotó en raudal escaso
Un arroyo entre zarzas escondido ;
Mas que ha de abrirse paso
En breve del Oriente hasta el Ocaso,
Al Norte y Mediodía,
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,
Apénas á la sed de un pajarillo
Bastante : luz que trémula fulgura
De débil lucerillo ;
Y en breve, mar de luz, ¡ á cuyo brillo
Esplenden en lo oscuro,
Lo pasado y presente y lo futuro !

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso
Que presenció del hijo de María
El lento padecer y la agonía,
Fué el signo esplendoroso,
Lábaro de un imperio poderoso,
Al aire tremolado,
Dó el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fé cristiana,
De eterna vida manantial fecundo,

De donde todo bien copioso mana :
Del poder sin segundo
La buena nueva prometida al mundo :
Y aquella voz divina
Dijo al muerto : « ¡ Levántate y camina !

Y el cadáver se alzó : — galvanizada
Se irguió la conmovida muchedumbre :
Respiró la muger emancipada :
De abyecta servidumbre,
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre :
¡ Y ante su Dios iguales
Se abrazaron felices los mortales !

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro
Suspendido en mitad del firmamento,
Al ciego luz, al desvalido amparo :
Y el magnate opulento,
Y el tirano en sus iras turbulento,
En su maldad temblaron
¡ Y ante el poder eterno se humillaron !

II.

Llegó para Miriam el triste día
De larga ausencia y despedida amarga ;
Jesus, el hijo de su amor querido
Salió de Nazaret una mañana,
El pasó dirigiendo á las riberas
Que del Jordán las amarillas aguas
Riegan, y adonde entonces el Bautista
Con su mision cumpliendo bautizaba.
La vida de Jesus, no ya secreta,
Mas pública va á ser : de la morada
Materna se despidió, pobre, solo,
En situacion humilde, y sin mas armas
Que su valor, paciencia y mansedumbre.
Con tan débiles fuerzas se prepara
Costumbres á atacar, usos y leyes,
A lidiar contra pueblos y monarcas
Y vencerá en la lucha, que su brio
Del mismo seno del Señor emana ;
¡ Mas cubrirá el laurel de la victoria,
Del muerto triunfador la frente helada !

¡ Cuánto pesar y dolorosa angustia
Rasgaron de Miriam crudos al alma !
¡ Ella que ve lanzarse el generoso
Jóven, de aquella mar tan agitada
En las revueltas, encrespadas olas,
Donde tantos profetas naufragaran !
El insensato orgullo, el fanatismo
Torvo ; la hueste toda sanguinaria
De las malas pasiones, solo, inerme,
Va el *Justo* á combatir : — La gente prava
Que domina en la torpe sinagoga ;
Del fariseo hipócrita las tramas,

Su feroz ambicion, su cruda envidia,
Su innoble miedo, su intencion bastarda ;
¡ Y del rey de linaje advenedizo
La cobarde, terrible suspicacia !

No era Miriam de aquella heróica estirpe
Que dió á Judá tan célebres monarcas
Vástago indigno, no ; en el noble pecho
Un corazon impávido alentaba ;
Mas recuerda las santas profecias,
Los anuncios mesiánicos, y el alma
Mira ante sí con lúgubres colores
Un cuadro aterrador que la amenaza :
Por eso al despedirse el hijo caro,
Bañado el rostro de copiosas lágrimas,
Roto su corazon dentro del seno,
Y anudada la voz en la garganta ;
Cuando el débil rumor ya no percibe
De los pasos de aquel que tanto ama,
Cubrióse con su velo, y pensativa,
Muda como el dolor, enajenada
Quedó, pensando en los pasados días
De ventura y de paz ; memoria amarga
De la dicha que fué ; ¡ presagio triste
Del porvenir horrendo que la aguarda !

Pasan días tras días ; — perezosas,
Noches eternas que jamás acaban
¡ A la inquietud materna, y á su asilo
Aun no vuelve Jesus. — Noticias vagas
Anuncian á Miriam que el hijo suyo
Ha entrado en las estériles montañas
Á Jericó vecinas. — El cordero
Sin duda al acercarse á la elevada
Obra de redencion, el trato esquivo
De la turba mortal ; y en la plegaria,
Y en la meditacion y en el ayuno,
¡ A la lucha tremenda se prepara.
¡ Ay ! ¡ cuánto de temor y pena ruda
Desgarran de María las entrañas !
Si acaso de la noche en las tinieblas
Suena la ronca voz de las borrascas,
¡ Qué horrible padecer ! — ¿ Bajo qué abrigo
Guarecerá la frente delicada
El amado Jesus ? — ¿ Qué luz piadosa
Amiga alumbrará su débil planta,
Al borde de los hondos precipicios
Donde solo anidar pueden las águilas ?

Así cuarenta soles, que centurias
Parecen á la madre acongajada,
Pasaron ; mas al fin volvió el Mesías,
Y de nuevo á Miriam tornó la calma.

LAS BODAS DE CANÁ.

III.

Entonces en Caná de Galilea
Un consorcio feliz se celebró,
Y juntos fueron hácia aquella aldea
MARÍA y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ámbos esposos
Eran, y de la estirpe de Judá,
Y á su hijo y á ella, cariñosos,
Enviaron un convite muy cordial.

Y habia muchas gentes y era escasez
De los recién casados la fortuna,
Y en manjares y vinos pobre tasa
Había, por demas inoportuna.

Y como á la mitad de la comida
El vino se apuró, Miriam atenta
Observó la mirada entristecida
Del esposo á la esposa que se ausentó.

Y en voz baja á Jesus que á su derecha
Está, le dice así : « No tienen vino, »
Y él, al oír la voz con que le estrecha :
« ¡ Aun no he llegado al fin de mi camino ! »

Responde ; mas Miriam que á sus parientes
Quiere evitar humillacion tan dura,
No desespera aun, y á los sirvientes
Con voz de acabadísima dulzura,

Así les dijo : « Haced cuanto él os diga. »
Había para hacer las oblaciones
A que la antigua ley al hombre obliga,
Seis ánforas (1) de grandes dimensiones

Allí. — Mandó Jesus á los sirvientes
Que á una vecina fuente las llevaran,
Y de sus aguas puras, transparentes,
Hasta los altos bordes las llenaran.

Cumplido su mandato, en delicioso
Vino trocóse el agua en el instante,
Y á tal prodigio se asombró el esposo
Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera
Que mirase brotar el milagroso
Poder, que en tan efimera carrera
Iba á ostentar el Nuncio poderoso.

(1) Evangelio de S. Juan, cap. 2º.

Y todos los presentes se admiraron,
Y su inmenso poder reconocieron,
Y sus menores signos acataron,
Y su misericordia enaltecieron.

IV.

Aquel milagro de Caná, seguido
En breve de un millon,
Señaló que ya el tiempo era venido
Del fin de su mision.

Á su voz las tormentas se aplacaban,
Los demonios huían,
Las dolencias del cuerpo se aliviaban,
Los muertos revivían.

Do quiera que en aquel dichoso suelo
Su planta descansaba,
Cesaba el llanto, enmudecía el duelo
Y el odio se calmaba.

Y venían á él desde Judea,
De Tiro y de Sidon,
De la remota Arabia y de Idumea
En rauda confusion.

Y al que con fé profunda, enardecida
Llegaba hasta su pié ;
Eterna fuente de salud y vida,
Vida y salud dá él.

Ven de nuevo del sol la lumbre pura
Los ciegos afligidos,
Y cruzan la montaña y la llanura
Los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,
La adúltera perdona,
Y arranca de los brazos de la muerte
Al niño y la matrona.

« ¿ Quién es este, clamaba el fariseo,
Que vá contra la ley ? »
« ¿ Quién, temblando de susto el idumeo,
Este que aclaman rey ? »

« ¿ Quién es el que aconseja al ultrajado
Generoso perdon ? »
« ¿ Quién es el que combate denodado
La usura y concusion ? »

Y así como en la oscura madriguera
Por hombres acosada,
Se prepara á lidiar la brava fiera
Cabe á su prole amada ;

El escriba avariento, sobre el oro
Al pobre arrebatado,
Se apercibe á la lid por el tesoro
A precio tal comprado.

Y el fariseo hipócrita, temiendo
La lid, astuto infama
Á Jesus, y en lo oscuro va tendiendo
Su tenebrosa trama.

Y el audaz saduceo, que la vida
Del alma torpe niega,
Á la múltiple hueste maldecida
Iracundo se agrega.

Así, sus mútuos odios deponiendo
Se adunan los traidores,
Torpe amistad, bastardo amor fingiendo,
En pro de sus rencores.

Y el volcan de sus iras contenido
Rugía en lo lejano,
Como acaso escuchamos el bramido
Del remoto Oceano.

Mas al rumor creciente, de María
Temblaba el corazón,
Y miraba acercarse la agonía
Con triste prevision.

Y siguiendo por montes y laderas
Al hijo con afán
Llegó con él un día á las riberas
Que fecunda el Jordan.

Y por él fué allí mismo bautizada,
Y siguió decidida,
Y abandonó su vida acostumbrada
Por otra nueva vida.

Y mugeres seguíanla y varones,
Discípulos fervientes
De Jesus, de amorosos corazones
Y espíritus valientes.

ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

V.

¿Qué júbilo inmenso resuena,
Sion, en tu vasto confin?
¿Qué gozo inefable enajena,
Salen, tu recinto feliz?
¿Dó van tus resueltos varones
Cantando triunfales canciones?
¿Por qué suena el laud?

¿Qué triunfo electriza sus almas?
¿Acaso el romano cayó?
¿Por qué se despojan las palmas
Del manto que el cielo les dió?
¿Por qué tu llanura arenosa
Reviste esa capa frondosa?
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,
Los niños en coro pueril,
Repiten en cántigas bellas
Pulsando del padre David
El arpa de voces tan puras:
«¡ Hosanna en las alturas!
¡ Bendito el enviado de Dios!

¿Quién es el monarca temido,
Que llega á tus puertas, Salen?
¿Quién es ese rey tan querido?
¿De Dios el enviado, quién es?
De inmensa legion circundado,
En carro de triunfo adornado,
¿Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino
No viene en un carro triunfal;
Ni acero feroz, damasquino
Empuña su mano real:
Ni en pompa homicida de guerra
Le anuncian por rey de la tierra
El fausto y el poder.

En manso animal cabalgando
Se acerca del mundo el Señor,
Á diestra y siniestra lanzando
Benignas miradas de amor.
Por armas la palma y la oliva,
Por premio la fé siempre viva,
¡ Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,
Las madres que acata Israel,
Y ancianos y tiernos garzones
Confusos en raudal tropical;
Y esposas y vírgenes puras:
«¡ Hosanna en las alturas
Esclaman, al sumo Señor!»

Y el santo, amoroso concierto
Que suena en el vasto confin,
Llevado en las alas del viento,
Llegó cual la voz del clarín,
Sion, á tus calles oscuras,
«¡ Hosanna en las alturas,
Clamando, al supremo Señor!»

Y el eco del muro callado
Y el agua que corre á su pie;

Del templo el recinto sagrado
Y el viento que gime al través:
Y el ruiseñor que en la enramada trina,
Y el aura embalsamada matutina,
En puro acento de perenne amor;
Clamando van en montes y llanuras:
«¡ Hosanna en las alturas,
Al que viene en el nombre del Señor!»

LIBRO DUODÉCIMO.

MARIA EN EL CALVARIO.

I.

Aun no estaba marchito el verde manto
Que de *Betania* revistió el camino,
Cuando ardiendo Sion en gozo santo
El Cristo á saludar rápida vino;
Aun repiten gozosos aquel canto
Los ecos del país circunvecino,
Y las auras turbadas se estremecen
Y aun tibias de sus hálitos parecen;

Cuando una voz inmensa, conturbando
Los ámbitos del monte y la llanura,
Á amigos y contrarios vá llenando
De pasmo y de alegría y de pavora:
Aquel acento horrisono y nefando,
Envuelto en la traicion y la impostura,
Caro á muchos y á pocos detestable,
Anuncia que se ha preso á un gran culpable.

Y en torno á los magnates opresores,
Y á los que favorece la fortuna,
Viles escribas, pérfidos doctores,
Que ahora en torpe alianza el vicio aduna;
Del gran templo en los arcos exteriores
Se arremolina el pueblo, é importuna
Una vez y otra vez al fariseo
Por el nombre y los crímenes del reo.

— ¿Es ladrón, ó falsario ú homicida
Aquel gran criminal? ¿su orgullo insano
Intentó quebrantar en lid reñida
La suma prepotencia del romano?
¿Escándalo del mundo, el parricida
En sangre paternal bañó su mano;
Ó en las sagradas bóvedas del templo
Dió de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso á la ley pagó el tributo
Que se debe á los reyes de la tierra;
Jamás dió su palabra amargo fruto
De infausta division, ni cruda guerra:
La cólera, el rencor, el llanto, el luto,
Cuanto mal y dolor el mundo encierra,
Huyen al resonar su blando acento,
Cual leve arista que arrebató el viento.

Léjos de hacer brotar de ajenos ojos
Lágrimas de amargura, amante llora
Sobre las penas, lágrimas y enojos
Que la vida mortal en sí atesora:
Léjos de complacerse en los despojos,
En la humildad y en la pobreza mora;
Dá vista al que jamás el sol mirara,
Cura al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura
La blanda, salutífera doctrina,
Su voz suave de la letra oscura
Los profundos arcanos ilumina:
Á los de fé mas débil asegura,
A los que van á ciegas encamina,
Y á dó su vista ó su palabra alcanza
¡ Vuelven vida y amor, fé y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores
Tiene el profeta crímenes bastantes:
Él, de la ley los llama torcedores;
Él, del templo arrojó á los traficantes:
Y á saciar su venganza y sus rencores,
Con ronca voz y labios espumantes,
Costumbres violan y traspasan leyes,
Y pisan los derechos de sus reyes.

De una traicion doméstica, comprada
Con oro vil, se valen los villanos,
Y á poner en la víctima sagrada
Van iracundos las infemas manos:
Velando su impostura refinada
A varones y vírgenes y ancianos
De Israel, con ayunos y con preces,
Del justo se preparan á ser jueces.

Jamás el mundo vió víctima alguna
Del odio y el rencor de los mortales,
Sufrir tantas afrentas una á una,
Tantos dolores, ni tormentos tales:
Jamás tan negro fin de su fortuna
Vieron los mas odiosos criminales,
Ni para ajar tan límpida pureza
Adunada se vió mayor vileza.

Como á un esclavo vil, por mas afrenta
Arráncanle sus sacras vestiduras,
Y el acerado azote se ensangrienta
En las perfectas formas, cuanto puras;